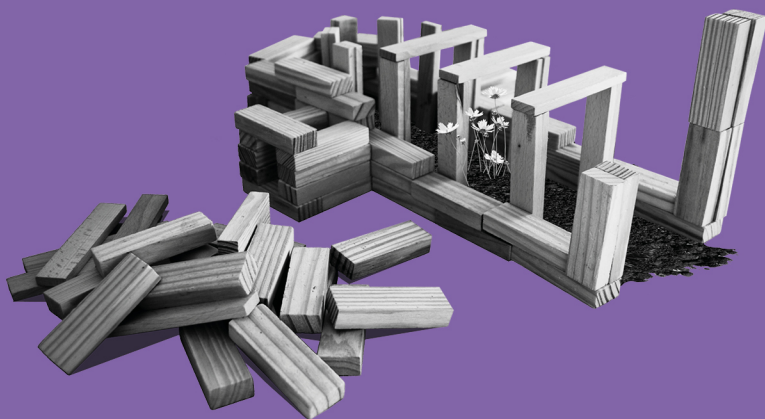


cuadernos

¿SER CRISTIANO EN EUROPA?



Edita: Cristianisme i Justícia
Roger de Llúria, 13
08010 Barcelona
Tel.: 93 317 23 38
E-mail: info@fespinal.com
www.cristianismoyjusticia.net

Depósito Legal: B 8327-2020
ISBN: 978-84-9730-463-4
ISSN (virtual): 2014-6574

Dibujo de la portada: Roger Torres
Edición: Santi Torres Rocaginé
Corrección del texto: Cristina Illamola
Maquetación: Pilar Rubio Tugas
Abril 2020

¿SER CRISTIANO EN EUROPA?

Víctor Codina sj

INTRODUCCIÓN	3
1 LA CRISIS DEL CRISTIANISMO EUROPEO	6
2 MISTAGOGÍA: UNA INICIACIÓN A LA FE	13
3 SER CRISTIANO EN EUROPA: CONDICIONES DE POSIBILIDAD	17
CONCLUSIÓN NARRATIVA: LA IGLESIA QUEMADA	29
NOTAS	31
PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN	32

Víctor Codina. Jesuita. Doctor en Teología. Desde 1982 hasta 2018 residió en Bolivia donde ha ejercido de profesor de teología en la Universidad Católica Bolivia de Cochabamba alternando con el trabajo pastoral en barrios populares. Ha publicado con *Cristianisme i Justícia: Acoger o rechazar el clamor del explotado* (Cuaderno 23, abril 1988), *Luis Espinal: Gastar la vida por los demás* (Cuaderno 64, marzo 1995), *Hace 50 años hubo un concilio* (Cuaderno 182, diciembre 2012).

INTRODUCCIÓN

En 1985, estando en Oruro, Bolivia, publiqué el folleto *Ser cristiano en América Latina*, que tuvo una amplia difusión en aquel continente. En dicho folleto, tras una breve introducción en la que explicaba que ser cristiano no consiste simplemente en creer en Dios o en hacer el bien, sino en seguir a Jesús, exponía tres catecismos que reflejaban tres formas del ser cristiano: la tradicional de la Iglesia de Cristiandad, reflejada en el *Catecismo de Pío X*, con preguntas y respuestas memorísticas; la abierta al diálogo con el mundo moderno del Vaticano II, de la cual el Catecismo holandés fue una notable expresión; y la liberadora de América Latina, luego de Medellín (1968) y Puebla (1979), recogida en *Catecismo para comunidades de base*, del obispo Pedro Casaldáliga, con preguntas para dialogar comunitariamente.

En 2018, después de 36 años de trabajar en Bolivia, regresé a Barcelona donde me he encontrado con un panorama muy diferente del boliviano y del latinoamericano, no solo desde el punto de vista económico, social, político y cultural, sino también eclesial y religioso: una profunda crisis no solo eclesial, sino religiosa y cristiana, en un mundo secularizado y en medio de un gran pluralismo religioso.

Concretamente, desde 1981, cuando comenzó *Cristianismo i Justícia*, la situación socioeclesial de España ha

cambiado radicalmente en estos casi cuarenta años. Presentemos algunos datos de este país:

- El porcentaje de las personas no adscritas a ninguna denominación religiosa ha pasado de un 8,5% en 1980 a un 27% en 2018.
- Según algunos investigadores (Pew Research Center de EE. UU.), España es el tercer país europeo con mayor abandono del cristianismo y ocupa la decimosexta posición en la lista de los países menos religio-

sos del mundo (Win/Gallup International).

- Desde 2006, el número de católicos practicantes se ha reducido un 27%.
- Mientras, en el año 2000, el 75% de las bodas se celebraron por el rito católico, la cifra bajó a un 22% en 2018.
- Se identifica religión con derecha o extrema derecha, como una imposición uniforme.
- Las nuevas generaciones son cada vez menos creyentes y según el sociólogo vasco Javier Elzo, el porcentaje de católicos seguirá bajando, de modo que el país pasará de una religión sociológica a una religión de convencimiento personal.

Pero esta situación no es exclusiva de España, sino que de algún modo afecta al continente europeo occidental en general, aunque con matices diversos según regiones.¹

La situación española es, en cierta medida, peculiar: la “veterana” secularización europea es más respetuosa con la Iglesia católica en comparación con muchos sectores españoles que manifiestan lo que la periodista Pilar Rahola ha calificado como una «cristianofobia sutil» contra la Iglesia y todo lo cristiano. Es más, existe una especie de sutil persecución política contra todo lo cristiano: muchos medios de comunicación usan los pecados de la Iglesia como argumento contra el cristianismo y solo informan sobre lo negativo de la Iglesia; casi nunca de lo positivo.

También es muy peligrosa la reacción frente a la actual situación de la extrema derecha eclesial que pretende volver a los años 50 como si ellos fuesen los propietarios del cristianismo

(deformado y poco cristiano), de los años de la Cristiandad española anteriores al Vaticano II. Y esto no hace más que reforzar la cristianofobia.

Por tanto, cuanto se diga aquí de Europa habrá que matizarlo según el diverso contexto sociorreligioso de cada país. No pretendemos hacer un estudio sociorreligioso de la situación europea, sino ofrecer una reflexión teológico-pastoral de las constantes y tendencias emergentes en el contexto europeo.

Con estas limitaciones, ya no se trata de preguntarnos cómo ser cristiano hoy en el mundo europeo occidental, sino de preguntarnos más radicalmente si tiene sentido y es posible ser cristiano, y sobre todo cristiana, en la Europa actual. El problema no es solamente pastoral y eclesial («otra Iglesia es posible»), sino mucho más radical: es un problema de creencia en Dios y de fe en Jesús.

Lo que parece claro es que hoy no se puede ser cristiano en Europa solamente por tradición o por cultura, sino por una convicción personal y libre. No basta haber sido bautizados de niños. Hay que pasar de un cristianismo de cantidad a otro de calidad.

En esta situación, ¿puede la Iglesia ofrecer al mundo secularizado de hoy un camino hacia Dios y hacia Cristo?

Para una opción personal creyente, seguramente puede ayudar la posibilidad de una nueva iniciación cristiana, que, para algunos, sobre todo para los jóvenes, quizás sería una iniciación totalmente nueva, la primera iniciación, mientras que, para otros, la mayoría, sería una reiniciación en un contexto personal e histórico diferente a su primera iniciación. Y es por ello por lo

que es mejor hablar de “reiniciación”, pues ambos casos, tanto en su contenido como en su orientación, serán muy diferentes de la iniciación cristiana tradicional.

Actualmente, no se puede comenzar por discusiones teóricas o dogmáticas sobre la Iglesia y el cristianismo, sino que hay que comenzar por anunciar el mensaje del Evangelio (en términos clásicos, el *kerigma*); no se puede comenzar desde las leyes y la moral, sino desde la espiritualidad, la conciencia y el discernimiento; no se puede proponer una pastoral de conservación, sino de misión y de apertura evangelizadora.

La célebre pregunta que el abbé H. Godin lanzó hace 75 años sobre si Francia era un país de misión, ahora puede extenderse a toda Europa occidental.² A esta nueva situación intentó dar respuesta Pablo VI al preguntarse sobre la evangelización del mundo de

hoy (*Evangelii nuntiandi*) y Francisco en su exhortación pastoral sobre la alegría del Evangelio (*Evangelii gaudium*), que es como la hoja de ruta de su pontificado.

En este cuaderno, después de una breve exposición sobre la crisis del cristianismo europeo, tema ya muy estudiado, intentaré modestamente abrir caminos hacia una nueva iniciación cristiana.

Soy consciente de que el diagnóstico sociorreligioso es más fácil que la terapéutica pastoral y espiritual. Este cuaderno no tendrá seguramente la misma aceptación y difusión que el que escribí en Bolivia en 1983; será más polémico.

En todo caso, mi larga estancia en países pobres del Sur puede ayudar a dar a la reiniciación una perspectiva desde abajo, desde los pobres, desde la historia de la pasión del pueblo, desde la gran mayoría de la humanidad.

1 LA CRISIS DEL CRISTIANISMO EUROPEO

En Europa asistimos a un verdadero colapso de la fe cristiana. En relativamente pocas décadas, se ha pasado de una sociedad europea de raíces y de cultura cristiana a una sociedad donde el cristianismo es culturalmente irrelevante y ha sido exculturado. Es un invierno eclesial europeo.

1.1 Invierno eclesial

En los países de tradición católica, la práctica eclesial ha bajado vertiginosamente: disminución del número de bautismos, de catequizandos, de participantes en la misa dominical, de celebraciones del matrimonio eclesiástico, de exequias religiosas..., así como fuerte crisis de la celebración personal de la penitencia o la reconciliación.

En muchos lugares, prácticamente solo asisten a la eucaristía dominical personas de la tercera edad. No es exagerado decir que en muchas partes son las personas mayores quienes conservan la fe cristiana, mientras que sus hijos, bautizados y catequizados, lentamente han ido apartándose de la Igle-

sia oficial, y sus nietos muchas veces no han sido bautizados ni conocen qué significa el cristianismo. La transmisión de la fe cristiana ha quedado interrumpida, los conceptos tradicionales cristianos están vacíos de significado y no pueden comunicarse a las nuevas generaciones.

Una gran parte de la juventud europea vive al margen de toda institución y, mayormente, al margen de la Iglesia. La Iglesia se ha convertido en una pequeña y extraña secta.

Esta situación también se refleja en las vocaciones al ministerio ordenado y a la vida consagrada, que han disminuido de forma notable, de modo que existen unas pirámides demográficas invertidas: mucha gente mayor arriba y

una base muy pequeña de jóvenes. Las enfermerías religiosas y las casas de retiro para el clero jubilado están llenas de ancianos, mientras que muchos seminarios y noviciados están casi vacíos. Esta disminución de vocaciones al ministerio y a la vida religiosa es un síntoma más de la crisis religiosa del mundo europeo occidental.

Hoy vuelve a estar vigente la pregunta de J. M. R. Tillard: «¿Somos los últimos cristianos?».

1.2 Buscando explicaciones

A esta situación ha contribuido el impacto negativo de la actual Iglesia institución. Mientras el Vaticano I afirmaba que la Iglesia por su santidad y su difusión constituía un gran signo de credibilidad, para muchos, la Iglesia de hoy en día constituye el mayor obstáculo para la fe:

- A los recientes escándalos de la economía vaticana y de pederastia por parte de miembros representativos de la Iglesia, se añaden muchas veces el poco estilo evangélico de las estructuras eclesiales de gobierno (autoritarismo, abuso de poder, centralismo, alejamiento del pueblo sencillo...), una jerarquía patriarcal formada exclusivamente por varones célibes, alejamiento del laicado –sobre todo de las mujeres–, clericalismo, que es una verdadera lepra de la Iglesia (papa Francisco) y una estructura perversa (C. Schickendantz).
- Desfase teológico y cultural de doctrina y dogmas, cuyas formulaciones responden más a menta-

lidades helénicas que semíticas y, en todo caso, ciertamente muy alejadas de la mentalidad moderna y posmoderna.

- Una moral legalista y casuística, descendente, estructurada desde una antropología dualista, premoderna y poco personalista, muy centrada en lo sexual, que utiliza la pastoral del pecado y del miedo al castigo para mantener al pueblo cautivo en la Iglesia.
- Una liturgia que, aunque después del Vaticano II haya pasado del latín a la lengua del pueblo, para una gran mayoría de fieles resulta ininteligible, clerical, poco participada y poco comunitaria, excesivamente racional y escasamente festiva, muy alejada del pueblo.
- El bautismo de niños sigue constituyendo la forma habitual de iniciación cristiana establecida por el derecho canónico y el *Catecismo de la Iglesia católica*, cuando la sociedad ya no es sociológicamente cristiana y para muchos el bautismo ha perdido su sentido.

Para muchos, el cristianismo y la Iglesia suponen un *déjà vu*, algo ya conocido y en desuso, desgastado, retirado en el baúl de los trastos viejos; más aún, para algunos es la personificación de todo lo peor de nuestra cultura: represión, afán de poder, inquisición, censura, control, machismo, moralismo, odio a la vida, sentido de culpabilidad y de pecado. Todo cuanto haya de malo en nuestra cultura se atribuye al cristianismo (G. Amengual).

Por otra parte, como afirma J. B. Metz, la vida de muchos cristianos europeos, en la práctica, no se diferen-

cia en casi nada de la vida de los no cristianos: muchas veces el cristianismo europeo es burgués; la fe es solo un barniz externo que no transforma la vida real. ¿Puede resultar extraño, entonces, que sobre todo los jóvenes se sientan alejados de la Iglesia?

Y, si es difícil ser cristiano en Europa, mucho más difícil es ser cristiana en una Iglesia sumamente machista que margina a las mujeres.

1.3 Exilio de Dios

Sin embargo, lo más preocupante no es esta crisis de las iglesias europeas, sino la crisis de la imagen de Dios de la tradición judeocristiana, cuya consecuencia lógica es la crisis eclesial. Dios se ha convertido en un extraño en nuestra casa, un Dios ajeno, distante, un Dios en el exilio (Ll. Duch)³. La modernidad y la posmodernidad han socavado todas las certezas que se daban por supuestas.

El ser humano no puede ser extracultural y hoy, concretamente en Europa, la gente se siente invadida por una cultura secular, plurirreligiosa, paradigmas culturales y religiosos inestables.

Ha aumentado el número de ateos, de un yo totalmente impermeable a Dios (Ch. Taylor); el proceso de secularización ha producido una espesa barrera de cemento que es necesario perforar para suscitar un debate filosófico o espiritual (Marie Balmory).

Parece que la afirmación de Karl Rahner de que todo ser humano es un posible «oyente de la Palabra» ha quedado desfasada. La actual secularización no es simplemente la retirada de la Iglesia como poder en la socie-

dad, ni la eliminación de la referencia a Dios o al cristianismo en la sociedad civil, sino la desaparición de Dios en el imaginario social. Es un inmanentismo antirreligioso o arreligioso; un humanismo cerrado a cualquier tipo de transcendencia.

El resultado es un yo desvinculado y omnipotente, con libertad total, que no acepta ninguna mediación, heteronomía o dependencia, con una autonomía total, impermeable a Dios.⁴

En el mundo europeo occidental ha aumentado sobre todo el número de agnósticos e indiferentes. Ya no se vive tanto el ateísmo duro, típico de los siglos XIX y XX, del «Dios ha muerto», sino un desinterés por la trascendencia: no interesa lo que va más allá de la vida cotidiana, del trabajo, el dinero, la comida, la salud, el consumo, el sexo, el bienestar y la seguridad de una vejez tranquila.

Seguramente, lo que predomina en muchos ambientes europeos es un materialismo craso, la burbuja de la indiferencia y de la globalización, donde la economía, los medios de comunicación, la política y la ciudadanía reflejan un ambiente burgués.

Basta recorrer el centro de importantes ciudades europeas como París, Barcelona, Milán o Berlín para comprobar la ostentación de lujo y consumo de sus avenidas (grandes hoteles y restaurantes, bancos, comercios de la última moda, perfumerías, joyerías, teatros y cines, centros de cultura física, etc.). Esto entra en contraste con los barrios periféricos, donde vive gente trabajadora y sencilla, con sueldos que apenas permiten llegar a fin de mes, con contratos basura, viviendas hipotecadas y desahucios; situaciones

de paro juvenil y migrantes sin papeles, gente en la calle, sin techo bajo el que resguardarse.

El ambiente de la cultura dominante promueve el mito de una juventud perenne, de poder y riqueza, de progreso indefinido; mitifica la técnica y la economía, el paradigma tecnocrático; idolatra el capitalismo neoliberal, la naturaleza, el cuerpo, el sexo, el placer, el yo y el individualismo más exacerbado. Y todo ello a costa de destruir la naturaleza y depredar la tierra, nuestra casa común, y marginar a grandes sectores sociales.

Europa ha pasado de tener unas raíces cristianas a ser anticristiana en sus resultados; en otras palabras, una sociedad poscristiana y pagana en muchos lugares, decadente en muchos aspectos y muy alejada de los prohombres cristianos que forjaron la Unión Europea. Sin ir más lejos, la cerrazón de puerros europeos a inmigrantes africanos es todo un síntoma de esta mentalidad.

1.4 Deseo de algo más

Otros autores creen que el tema de la secularización y la desacralización del mundo, la laicización y desencantamiento del mundo, ya no mantiene la fuerza de antaño y que, por el contrario, aumenta el número de sectores con un cierto deseo de espiritualidad, aunque muchas veces ambiguo y exótico.

Algunos desembocan en una cierta forma de gnosis, una búsqueda de iluminación y salvación interior, una experiencia de autosalvación, una nebulosa esotérica *New Age*, un rechazo de la imagen tradicional de Dios. Es un inmanentismo antropológico, una

fe encerrada en el subjetivismo, una doctrina sin misterio, una espiritualidad desencarnada (*Gaudete et exultate*, 36-46).

Esta sociedad líquida, que ha perdido el sentido de la salvación y de la escatología, tampoco atrae el compromiso histórico por un mundo mejor ni por la ética contra las injusticias. Se ha pasado de la sociología a la psicología, de la figura mítica de Prometeo que roba el fuego del sol para promover el progreso humano a la figura de Narciso que se enamora de su propia imagen reflejada en el agua.

En este ambiente de pluralismo religioso, crece la atracción hacia espiritualidades orientales (budismo, hinduismo, el *advaita vedanta...*), hacia el silencio y la contemplación, por el yoga, el zen, el *mindfulness*, la autoayuda. Otros, impactados fuertemente por la ecología, se adscriben a la religión de la tierra sagrada, la Gaia.⁵ Y se incrementa el número de quienes defienden una creencia sin pertenencia (en expresión de Grace Davis), una espiritualidad sin religión (Laila de Ahumada), una espiritualidad sin creencias ni dioses (Marià Corbí), una espiritualidad sin Dios (Comte-Sponville, F. Mayorga).⁶ Además, dentro de esta búsqueda de la espiritualidad, hay sectores inquietos que, decepcionados de la parafernalia religiosa institucional de la Iglesia de Cristiandad, se interesan sobremanera por la mística y leen y estudian los místicos, ya sean cristianos (San Juan de la Cruz, el maestro Eckhart, Hildegarda de Bingen...), hindúes, budistas, sufíes o de las religiones originarias americanas.

Para comprender dichas posturas, hay que reconocer que la espirituali-

dad, que es lo que puede dar vida a la religiosidad de las instituciones religiosas, ha quedado asfixiada por dogmas, ritos y leyes. Tampoco puede negarse que en algunas de estas posturas más espirituales hay un cierto elitismo que desprecia la religiosidad del pueblo.

El teólogo J. B. Metz resume sintéticamente el proceso que se ha ido dando últimamente en muchos sectores cristianos de la sociedad europea: se comenzó afirmando «Jesús sí; Iglesia no», pero el proceso siguió con «Dios sí; Cristo no»; «religión sí; Dios no»; y se acaba afirmando «religión no pero espiritualidad sí». Pero ¿de qué espiritualidad se trata?

Por otra parte, muchos contemporáneos, jóvenes y adultos, más allá de sus convicciones espirituales o religiosas (poscristianos, agnósticos, indiferentes, ateos...) trabajan por los demás, por los pobres, por los migrantes, por los desahuciados y sin techo, por los jóvenes en paro, por los ancianos y descartados, por la gente de la calle. Son voluntarios de instituciones solidarias, están comprometidos con la defensa de la mujer, luchan contra los feminicidios y la trata de la mujer, se posicionan en contra de la tortura, del cambio climático y del atropello y la contaminación de la tierra, trabajan en educación y salud, o en organizaciones a favor de los derechos humanos, la paz y la justicia, etc. Incluso hay personas que afirman que no necesitan de Dios, ni de la religión, ni de la fe cristiana para ser personas honradas, solidarias, justas y defensoras del medioambiente.

Todo este gran colectivo en búsqueda, aunque no lo sienta ni lo formule, está en la dirección del Reino que

Jesús predicaba y quizás incluso más que muchos de los “cristianos de toda la vida”.

1.5 Ir a las raíces

Cuando se quiere explicar esta compleja situación, hay que acudir a una multiplicidad de causas. En primer lugar, vivimos un profundo cambio de época, un nuevo tiempo axial que rompe con tradiciones milenarias del pasado (Karl Jaspers) –y que tal vez no se había dado desde el neolítico.

Estamos ante un nuevo paradigma con profundos cambios científicos, técnicos, informáticos, sociales, económicos, culturales, lingüísticos, sexuales y políticos que, naturalmente, también afectan la dimensión religiosa y espiritual: secularización, pluralismo religioso, desconcierto, confusión, caos, etc.

Evidentemente, la vieja Iglesia de Cristiandad –la de Constantino, las cruzadas, la teocracia pontificia y la inquisición, el proselitismo y la misión unida al poder colonial– ha explotado y está en profunda agonía, aunque sea una agonía lenta. Y este resultado es consecuencia de un largo proceso que nace ya con la ilustración y la modernidad, y del que la Iglesia institucional se mantuvo al margen o en contra (Pío IX) hasta llegar al concilio Vaticano II (1962-1965) con Juan XXIII y Pablo VI.

Todos estos cambios han afectado a lo que algunos llaman «el cerebro social»; es decir, a aquellas convicciones nuestras que son fruto del ambiente social más que de elaboraciones personales (R. M^a Nogués). Así, el

cristiano tradicional se halla desconcertado y con mala conciencia, como si fuera culpable de lo que le ha sucedido a la fe de su familia. En realidad, lo que sucede es que las generaciones jóvenes viven otra cultura y prefieren los conciertos de *rock* multitudinarios a las celebraciones litúrgicas; muchos de ellos apenas saben sobre la Iglesia, quién es Cristo ni si Dios existe. Viven en otra galaxia.

Ahora bien, hay que añadir que esta crisis eclesial y religiosa occidental europea no representa necesariamente el sentimiento y pensamiento de toda la humanidad. Existe el riesgo de que Europa se crea el modelo, el referente y el futuro de toda la humanidad y se constituya como tal.

Los países del Sur, Asia, África y América Latina, a diferencia de Europa, son profundamente religiosos, sede de grandes religiones ancestrales y originarias que se mantienen vivas en medio de cambios profundos.

Tampoco podemos olvidar que, en este caos religioso europeo, se mantienen expresiones de la llamada «religiosidad popular», que es la fe del pueblo sencillo y pobre, que ante posibles ambigüedades y sincretismos expresa una profunda fe en Dios, amor al Señor crucificado, a María y a los santos, que peregrina a santuarios y hace procesiones en Semana Santa, pone velas a los santos preferidos y confía en que Dios no lo abandonará nunca. Esta religión del pueblo es un ejemplo de aquella predilección divina por los pequeños, a quienes han sido revelados los misterios del Reino (Lc 10,21-22; Mt 11,25-27). Pese a sus ambigüedades, la fe de los pobres manifiesta el sentido de fe del

pueblo cristiano (LG 10).⁷ Más aún, actualmente desde el Sur, a través del papa Francisco está llegando un soplo de aire nuevo a la Iglesia.

Como recogeremos luego, la riqueza y abundancia de Europa no es independiente del proceso colonial de los países europeos en Asia, África y América. Y en consecuencia podemos preguntarnos si la indiferencia religiosa europea y su agnosticismo no tienen que ver también con una situación de pecado estructural, del colonialismo de las grandes potencias europeas del pasado y del presente, de la actual explotación de las multinacionales de otros continentes.

1.6 Una mirada esperanzadora

Al fin y a la postre, digamos que este proceso de desmitificación eclesial y religiosa, que se extiende por toda la Europa occidental, no debe verse como algo simplemente negativo, sino que puede interpretarse como un signo de los tiempos, una llamada a la conversión y una liberación de un cristianismo puramente tradicional y automático, de ciertas formas de religiosidad superficiales, meramente externas y convencionales, que utilizan y manipulan la religión para otros fines. Puede ser un momento de gracia, un *kairós*, para reformar muchas convicciones e instituciones religiosas del pasado.

En los Hechos de los Apóstoles, hay una narración un tanto extraña, pero en realidad muy significativa y actual: aunque el Espíritu Santo había impedido a Pablo llevar la Palabra a los judíos de Asia y a Bitinia, aquella

noche Pablo tiene una visión en sueños (un macedonio le pide que vaya a salvarlos) y, tras interpretarlo con su grupo, deciden viajar a Macedonia convencidos de que Dios les llamaba para evangelizarlos (Hch 19,6-10). De Macedonia fueron a Filipos; luego, a Atenas, y, finalmente, a Roma.

El Espíritu impide a Pablo continuar predicando al mundo judío y le llama a evangelizar al mundo gentil y pagano. De esta manera, el Evangelio se abre a todo el mundo, más allá del judaísmo.

El Espíritu cierra y abre puertas. Cierra puertas al pasado y las abre al futuro. El Espíritu siempre es desconcertante y sorpresivo.

¿Cómo asumir esta crítica realidad europea y abrirla a un futuro esperanzador? ¿Cómo convertirla realmente en tiempo de gracia, de conversión y en un nuevo nacimiento?

En expresión de Arturo Sosa, actual Superior General de la Compañía de Jesús:

Nos proponemos colaborar con la Iglesia a vivir la sociedad secular como un signo de los tiempos que ofrece la oportunidad de una renovada presencia en el seno de la sociedad humana [...]. En la sociedad secular madura se dan condiciones para el surgimiento de ambientes propicios a procesos religiosos personales, independientes de la presión social o étnica, en los que es posible preguntarse a fondo y elegir libremente el seguimiento de Jesús, la pertenencia a la comunidad eclesial y un estilo de vida cristiana en los ámbitos social, económico, cultural y político.⁸

Si en el pasado hubo un cristianismo europeo muy evangélico (Francisco, Ignacio, Teresa de Jesús, Vicente de Paúl, Teresa de Lisieux, Carlos de Foucauld, Edith Stein...), ¿acaso no puede volver a serlo hoy en otro contexto epocal?

En resumen, ¿hoy todavía es posible ser cristiano o cristiana en Europa?

2 MISTAGOGÍA: UNA INICIACIÓN A LA FE

Antes de responder directamente a la pregunta sobre la posibilidad y el modo de ser cristiano hoy en Europa, quisiéramos proponer como marco global para interpretar el concepto de *mistagogía*, un término que procede del ámbito de la historia de las religiones, pero que actualmente resulta casi desconocido para muchos.

2.1 ¿Qué es la mistagogía?

Según Mircea Eliade, experto en el tema, la mistagogía es una categoría pedagógica, un aprendizaje hacia una esfera nueva y desconocida, ya sea cultural, social o religiosa.

La mistagogía religiosa, que es la que ahora nos interesa, es una iniciación al Misterio a través de enseñanzas orales, mitos y ritos, todo ello encaminado a transformar el estatuto religioso y existencial del que se inicia. Al final del proceso, el neófito goza de un estatuto totalmente diferente del comienzo, pues se ha transformado en otro.⁹

En la historia de las religiones, hay diversos tipos de mistagogías: mistagogías colectivas (por ejemplo, los ritos

de pubertad obligatorios para todos los muchachos de una tribu), iniciaciones para entrar en algunos grupos (religiones místicas, sectas, determinados grupos religiosos) e iniciaciones para ciertas vocaciones individuales (líderes religiosos y sociales, por ejemplo). Sin embargo, en todas las iniciaciones existen ciertas constantes:

- *Segregación*: toda iniciación supone cortar con el ambiente ordinario, una cierta separación local, para ir a un lugar nuevo y desconocido. El cambio físico y geográfico de lugar simboliza la novedad de la vida que se va a comenzar, pues toda la iniciación supone una ruptura con la vida anterior, una conversión, un nuevo nacimiento.

- *Iniciación a los mitos originarios*: es una introducción a la historia religiosa de la comunidad, a lo que sucedió en el tiempo primordial y que ahora transmiten “los ancianos” –no de forma literaria, sino oral–, de generación en generación, en cuanto memoria colectiva de lo que ocurrió *in illo tempore*, en aquel tiempo de los orígenes de la comunidad.
- *Pruebas y ritos iniciáticos* que constituyen el núcleo esencial de la iniciación. Su motivación consiste en que el iniciando “muera” de forma simbólica y ritual al pasado, que vuelva al caos primordial, al punto cero, a la *tabula rasa*, para renacer a un mundo diferente.

Escenas un tanto dramáticas de iniciación colectiva como despojar al iniciando de sus vestidos, encerrar a los jóvenes en lugares desconocidos con los ojos tapados, enterrarlos bajo tierra envueltos en un sudario para simbolizar un rito funerario, hacerlos pasar por lugares difíciles, circuncidarlos, etc. solo pueden entenderse desde la perspectiva de una muerte al mundo anterior para un nuevo nacimiento. También las jóvenes son iniciadas al misterio de la sexualidad y de la vida por las matronas de la sociedad.

- *Volver al mundo como una persona nueva*, diferente, transformada por dentro, adulta y pleno miembro de su comunidad. Se usan imágenes biológicas y ginecológicas: nuevo nacimiento, recién nacido, semilla, neófito, infante.

Retomando el ejemplo de las iniciaciones de la pubertad, los y las jóvenes regresan a su comuni-

dad con un nombre y un lenguaje nuevos y son reconocidos como plenos miembros de esta.

2.2 Iniciación cristiana

La Iglesia primitiva, que surgió en medio de un Imperio romano pagano y decadente, asimiló aquellos elementos comunes a toda iniciación religiosa transformándolos radicalmente desde el misterio pascual: Cristo muerto y resucitado es quien nos hace morir al pasado y nos engendra a una vida nueva del Espíritu, a través de símbolos y ritos sacramentales.¹⁰

En el Nuevo Testamento y tomando como base elementos del Antiguo y Primer Testamento, va estructurándose un proceso iniciático. En los Hechos de los Apóstoles podemos descubrir los elementos principales:

- Evangelización o anuncio del Evangelio (Hch 2,14-36; 8,5-12; 8,28-35)
- Fe comprometida del nuevo discípulo (Hch 8,12; 16,14; 16,31)
- Inmersión bautismal (Hch 8,17; 19,5; 10,48)
- El don del Espíritu (Hch 2,38; 8,26-40)
- Ingreso en la Iglesia (Hch 2,41-47; 4,32-37)

2.2.1 Catecumenado

Desde el siglo II comienza a organizarse la iniciación cristiana que en los siglos III y IV se estructurará de forma bastante uniforme en toda la Iglesia, a pesar de las distintas tradiciones de las iglesias de África, Jerusalén, Constan-

tinopla y Roma. Es lo que se llama el *catecumenado*.

Tras una etapa inicial llamada *andidatura* para los que provenían del paganismo, el catecumenado duraba unos tres años, durante los cuales eran iniciados al misterio cristiano y a la vida de la Iglesia. En estos tres años del catecumenado se vivían las dimensiones básicas de toda mistagogía.

2.2.2 Segregación

Se daba una segregación del mundo pagano y el ingreso al grupo de los iniciados o catecúmenos, con una renuncia al pasado y al mal. Debían renunciar a algunas profesiones incompatibles con la fe cristiana: poseer casas de prostitución, ser escultores de dioses paganos, etc.

2.2.3 Iniciación a las fuentes de la fe cristiana

En esta etapa, se les iniciaba en la Escritura, se les invitaba a practicar la caridad cristiana (visitar enfermos, atender a viudas y pobres) y a participar de la liturgia de la Palabra en las celebraciones eucarísticas.

El tiempo fuerte de iniciación a los “mitos originarios” de la fe cristiana estaba a cargo de los “ancianos” (obispo y presbíteros, diáconos) durante la Cuaresma y tenía diversas dimensiones:

- Una enseñanza bíblica orientada al bautismo que desembocaba en los misterios de la fe, que se resumían en el credo, que debían memorizar y profesar.
- Una iniciación a la oración y a la espiritualidad, compendiada en la

explicación y el desarrollo del Padrenuestro, que debían aprender y recitar, pasando por un examen previo.

2.2.4 Pruebas y ritos iniciáticos sacramentales

Antes de comenzar la liturgia sacramental de la iniciación cristiana, tenía lugar una ceremonia sumamente simbólica: la renuncia al mal y la profesión de la fe.

Mirando al occidente, lugar de la oscuridad y símbolo del mal y el pecado, se renunciaba a Satanás, a las pompas y a sus obras.

¿Qué eran las pompas? Eran los espectáculos del circo pagano, donde no solo había carreras de caballos y cuadrigas, sino que se expresaba y vivía la idolatría de las procesiones con las imágenes de los dioses paganos, escenas de inmoralidad sexual, luchas violentas de hombres con fieras y entre gladiadores, e incluso el espectáculo de la muerte de los mártires. La pompa era una estructura concreta del pecado en aquel tiempo y a la que debía renunciarse.

Además, renunciar al mal y al pecado iba seguido de la profesión trinitaria de la fe en el Padre, el Hijo y el Espíritu, mirando al oriente, lugar de la luz. La dimensión sacramental de la iniciación cristiana tenía lugar en la vigilia pascual, donde toda la Iglesia celebra litúrgicamente el misterio de la muerte y resurrección de Jesús. En esta celebración había tres momentos sacramentales:

- El bautismo es una muerte ritual simbolizada por la inmersión en el

agua del baptisterio y el salir del agua que expresa el nacimiento a una vida nueva; este rito bautismal ritualiza sacramentalmente la muerte y la vida, la muerte al pecado y el don de una vida nueva que brota del misterio de la muerte y resurrección de Jesús. No es el poder mágico del agua lo que nos salva, sino la fe en la Pascua del Señor, con quien somos configurados en el bautismo (Rm 6,1-11).

- El crisma o la unción, posterior al bautismo, significa sacramentalmente el don del Espíritu que confirma y expresa que es el Espíritu del Señor Jesús quien nos libera del pecado y nos da la vida nueva, así como diferentes dones y carismas.
- La participación en la eucaristía de los recién nacidos a la fe o “neófitos”, culmen de la iniciación cristiana, una integración plena a la comunidad eclesial, cuyo centro y cumbre es la eucaristía.

2.2.5 *Catequesis mistagógicas*

En muchas Iglesias antiguas, la iniciación se completaba con unas catequesis llamadas *mistagógicas* durante la semana de Pascua, donde se intentaba profundizar en los misterios sacramentales ya recibidos.

A diferencia de nuestra mentalidad más racionalista y utilitaria, las primeras comunidades cristianas estaban convencidas de que hay dimensiones de la fe cristiana que solo pueden llegar a comprenderse luego de haber experimentado espiritualmente el misterio cristiano a través de los sacramentos.

2.2.6 *Algunas consecuencias*

¿Qué consecuencias pueden desprenderse del proceso de la mistagogía, tanto en la historia de las religiones como en la iniciación cristiana?

La primera consecuencia está en que toda iniciación supone un largo proceso; no es algo inmediato o instantáneo, sino que se requiere perseverar en el tiempo y ser paciente. La segunda es que este largo proceso no es meramente racional y doctrinal, sino vivencial y experiencial; una muerte al pasado y una apertura a la novedad de una vida nueva. Por último, la tercera consecuencia radica en que todo ello no se realiza de forma individual sino comunitaria: la comunidad interviene a través de sus ancianos o presbíteros, representantes de la comunidad, de modo que el final del proceso significa la inserción a una nueva comunidad, a la Iglesia que acoge a los nuevos cristianos.

3 SER CRISTIANO EN EUROPA: CONDICIONES DE POSIBILIDAD

Proponemos ahora un proceso iniciático o mistagógico para responder a la pregunta de ser cristiano hoy en Europa occidental. Si queremos aplicar este proceso mistagógico al mundo europeo, hemos de reconocer que ser cristiano en el mundo occidental europeo supone hoy un largo camino de reiniciación o de iniciación cristiana, tanto si se proviene de una tradición cristiana abandonada o desconocida como si se procede de un mundo ya poscristiano.

Y en este largo proceso el punto inicial no puede ser doctrinal, moral o ritual, sino experiencial: una apertura a la Trascendencia; concretamente, un encuentro vital con la persona de Jesús de Nazaret, tal como aparece en los evangelios.

Un texto lúcido de Benedicto XVI expresa bien esta actitud: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».¹¹

Por su parte, en 1966, Karl Rahner, después del Vaticano II y con una certera intuición de un futuro que ya había comenzado por entonces, escribió:

Se necesita una mistagogía o iniciación a la experiencia religiosa que muchos estiman no poder encontrar en sí mismos [...]. Porque la espiritualidad del futuro no se apoyará ya en una convicción unánime, evidente y pública, ni en un ambiente religioso generalizado, previos a las experiencias y a la decisión personales. La educación religiosa usual hasta ahora podrá ser en adelante solamente un adiestramiento muy secundario para la vida religiosa institucionalizada. La mistagogía es la que habrá de proporcionar la verdadera «idea» de Dios partiendo de la experiencia de que la base del hombre es el abismo, de que Dios es esencialmente el Incomprensible, de que su incomprensibili-

dad, en lugar de disminuir, aumenta a medida que se le va conociendo mejor, a medida que Dios se acerca a nosotros en su amor que se da a sí mismo.¹²

No iniciamos ahora a la novedad de la fe; no evangelizamos —como sucedió al comienzo de la predicación apostólica— a una comunidad religiosa de tradición judía. Tampoco seguimos los pasos de los misioneros de la Iglesia que iniciaban en la fe a los miembros de grandes religiones gentiles o paganas, como Pablo en Atenas o Javier en la India y Japón. Tampoco se trata de evangelizar a miembros de religiones minoritarias autóctonas originarias como los primeros evangelizadores de América Latina. Ahora se trata de evangelizar a ciudadanos de una región que ha tenido raíces y cultura cristiana, pero que se halla en un contexto secularizado, poscristiano, plurirreligioso, indiferente, agnóstico, inmerso en una especie de ateísmo posmoderno sin el vigor de los ateísmos del siglo XIX, pero que contamina todo el ambiente.

Como ya hemos visto, hoy día una gran mayoría de los ciudadanos europeos vive pacíficamente en una sociedad que fue cristiana en sus orígenes, pero que ya no lo es; una sociedad laica y muchas veces laicista (contraria a la religión), pero que posee grandes valores humanos y sociales.

Para muchos jóvenes, hayan sido o no iniciados en la fe cristiana, el cristianismo y la Iglesia son algo desconocido, extraño, una reliquia de un pasado, algo digno de un museo de antigüedades, similar a los dioses egipcios o griegos. Viven en el mundo secular, técnico, científico, con otro lenguaje y simbología.

Algunos europeos no solo rechazan la fe cristiana, sino que incluso han apostatado y pedido ser borrados de la Iglesia. Otra gran mayoría de europeos fueron cristianos de origen, fueron bautizados e iniciados en la fe, pero luego abandonaron la Iglesia y, tal vez, también la fe cristiana y la creencia en los valores trascendentes. Pero hay un grupo creciente de personas que abandonó la Iglesia y posiblemente la fe, pero que hoy día está buscando algo nuevo, que no elimine las dimensiones humanas ni espirituales positivas que han vivido en estos años, sin que ello signifique volver a la Iglesia de antaño. No es una marcha atrás, sino un camino hacia adelante.

Si para algunos que han vivido en un mundo secularizado y poscristiano, por ejemplo, los jóvenes, la iniciación cristiana es simplemente una iniciación a la novedad de la fe cristiana nunca conocida ni vivida; para otros muchos, provenientes de la anterior tradición cristiana, la tarea es una reiniciación y no una vuelta a una tradición del pasado ya olvidado, sino el descubrimiento de algo nuevo que dé sentido y horizonte a su vida.

Ahora bien, tanto para unos como para otros, hay algunos pasos previos y de algún modo comunes a toda mistagogía.

3.1 Segregación

La segregación típica de toda iniciación no ha de entenderse solamente en sentido geográfico, sino también existencial. El encuentro vital con el Jesús de Nazaret del Evangelio únicamente será verdadero para un europeo si está estrechamente ligado al mundo de los

pobres, al de las víctimas, al mundo del Sur que Europa ha explotado y dominado durante siglos, y que hoy continúa dominando a través de estructuras y empresas multinacionales. La cultura del bienestar y del progreso europeo tiene oscuras raíces coloniales del pasado y neoliberales del presente. Es necesario un giro poscolonial.

Dicho de otro modo, este encuentro con Jesús de Nazaret implica una conversión no solo personal (siempre necesaria), sino también social y estructural respecto a una sociedad y una cultura colonial, machista, neoliberal, con un paradigma tecnocrático que ha excluido a personas de otras etnias, culturas y orientación sexual, y que ha destruido y sigue destruyendo la creación, nuestra casa común.

No podemos acercarnos a Jesús desde el mundo europeo occidental sin escuchar la voz de los pobres, de los mártires, de los inocentes, de las víctimas de las estructuras de pecado, unas víctimas cuyo clamor llega al cielo.

Como afirma el obispo de Tánger, Santiago Agrelo, no se puede ser cristiano y poner concertinas en los muros que hieren la carne de los hermanos que desean migrar a Europa. Tampoco si cerramos los puertos a los refugiados que huyen de sus países en pateras o barcazas por el Mediterráneo. Hay que sentirse de algún modo avergonzado y culpable por la indiferencia y la falta de compasión.

Por esto hay que desconfiar de toda iniciación al misterio cristiano que se reduzca a una mera mística espiritual personal. La conocida frase de Karl Rahner —«el cristiano del siglo XXI o será místico, o no será cristiano»— es positiva y válida, pero hoy es insufi-

ciente si no se explicita ni se completa afirmando que el cristiano europeo del siglo XXI ha de ser místico a la vez que profeta, denunciar vitalmente toda injusticia del pasado y del presente, rechazar y apartarse en lo posible de las estructuras de pecado que contaminan nuestra realidad occidental (nuestras “pompas”). O, si se quiere formular desde J. B. Metz, nuestra mística ha de ser «de ojos abiertos», ha de ser recuerdo de la pasión de Jesús y de los crucificados de este mundo. No podemos estar al margen de la historia de pasión del pueblo, de su *Leidensgeschichte*.

Sin una cierta experiencia vital de los horrores del mundo moderno —tan brillante en sus ciudades lujosas, en sus progresos técnicos y mediáticos—, es muy difícil sentir la indignación, la compasión ante las víctimas, la necesidad de cambiar el mundo actual. Así, mientras se viva anestesiado en una burbuja de bienestar e indiferencia, no es posible abrirse a los otros y al Otro. No basta maravillarse ante la belleza del paisaje nevado de las cumbres o extasiarse ante la maravilla del oleaje marino o de una gran sinfonía musical, ni pacificarse interiormente con las técnicas orientales de concentración como el yoga o el zen. Si la contemplación es el comienzo de la sabiduría, cierta indignación crítica ante el presente es necesaria para abrirse hoy al Misterio real.

3.2 Apertura a la Trascendencia y al Misterio

Esto supuesto, pueden aprovecharse ciertas rendijas de la realidad que nos abren al Misterio. Xavier Morlans enu-

mera algunas de estas posibles aperturas a la trascendencia:¹³ la experiencia de los padres ante el nacimiento de su primer hijo, la valoración del mundo afectivo más allá de lo racional y lógico, una actitud fiducial o de apertura a la confianza que va más allá de las limitaciones humanas, la dimensión de la relacionalidad con otros, más allá del individualismo.

Pero pueden añadirse otras rendijas: además de la actitud de maravilla ante la belleza de la creación o del arte, está el vivir la indignación ante el mal del mundo, no solo la enfermedad y vejez, sino ante la injusticia, la guerra, la destrucción de la naturaleza, la impunidad de los delitos, la corrupción, la mentira y el egoísmo de dirigentes políticos, las víctimas de abusos sexuales, la hipocresía de personajes con aura religiosa... ¿No habrá, entonces, justicia en el mundo?

Hay otra última rendija, temida y un tanto tabú: la muerte. ¿Qué nos sucederá al final de la vida?, ¿qué hay después?, ¿todo se acaba aquí?, ¿tiene sentido la vida?, o ¿es el suicidio lo único válido ante el mal del mundo?

Sin estas u otras aperturas, interrogantes, preguntas y cuestionamientos, no es posible una iniciación cristiana. En realidad, no estamos ante un problema o un enigma, sino ante un Misterio, el Misterio, llámesele como se le llame, Trascendencia, Absoluto, Todo, Uno, Ser, Causa, Dios.

3.3 Un encuentro personal con la figura de Jesús de Nazaret

Si cierta apertura a la Trascendencia nos cuestiona el sentido de nuestra

vida, la mistagogía cristiana ofrece gozosamente elementos para que esta Trascendencia no se convierta en algo difuminado y vago, sino que se concrete en un encuentro personal que pueda dar un horizonte y un sentido nuevo a nuestra vida. No iniciamos simplemente en el pluralismo religioso y en el diálogo interreligioso —tan necesario hoy—, sino en la tradición judeocristiana.

Aquí los “ancianos” desempeñan una función muy importante; es decir, al ser testigos de la tradición espiritual cristiana de la Iglesia, ofrecen una sabiduría espiritual e inician personalmente en el misterio de Jesús, antes de toda referencia eclesial institucional, doctrinal, moral o ritual.

En términos clásicos, se trata de ofrecer unos preámbulos a la fe cristiana, muy concretamente presentar el Evangelio en alguna de sus formas. Asimismo, se trata de iniciar en el Jesús histórico. Es la iniciación a los mitos originarios de la tradición cristiana, al Jesús histórico de Nazaret.

Una lectura pausada, meditada y orante del Evangelio es el camino para que el Espíritu atraiga al lector hacia el misterio último de Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, hacia su encuentro espiritual, un encuentro que no es meramente racional sino vital, afectivo, lleno de simpatía, sintonía, gozo interior, novedad, apertura a un estilo de vida nuevo.

Comenzar por la narrativa de los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos, Lucas) puede ayudar; luego, acabar con el Evangelio de Juan, que nos abre desde su prólogo al misterio de Jesús, su filiación divina y su encarnación para comunicarnos su luz y su vida. Y, continuar, con los Hechos de los apóst-

toles, la historia del nacimiento de la Iglesia bajo la fuerza del Espíritu.

Esto requiere un clima de silencio y oración. Es el paso del Jesús histórico al Cristo de la fe, con un conocimiento interno, lleno de afecto y de compromiso hasta el seguimiento.¹⁴

3.4 Muerte y vida iniciática: abrirse a la fe

Hay un antes y un después del encuentro con el Señor, es pasar de una vida satisfecha y autorreferencial a un cierto vacío existencial, a una apertura oscura y, de algún modo, mortal del ser humano limitado y pecador; es la angustia de un nuevo parto, de un nuevo nacimiento, de una nueva vida que se nos ofrece como gracia y don.

Hay que morir a un pasado autosuficiente, meramente terreno y humano, y abrirse a una vida nueva, diferente, nacer de nuevo, abrirse a Alguien, ponerse en sus manos, confiar en él. Todo es gracia, don y atracción interior; es sentirnos hombres y mujeres nuevos, desde una experiencia vital que supera todo moralismo y racionalismo, con un gozo interno que llena de luz toda la existencia y abre nuevos horizontes de futuro.

Es la experiencia de los ciegos del Evangelio que comienzan a ver, de los enfermos y atribulados que son sanados, de los pecadores que han sido perdonados, de los muertos que resucitan y tienen una nueva opción de vida. No hay palabras para expresar esta experiencia: alegría, gozo, ilusión, consolación, luz y calor, levedad y ligereza interior. Es la experiencia de Tomás al tocar las llagas de Jesús y exclamar

«Señor mío y Dios mío»; es la experiencia de Agustín de haber encontrado una hermosa siempre antigua y siempre nueva; la alegría de Edith Stein que descubre, leyendo de un tirón la vida de Teresa de Jesús durante toda una noche, que «esto es la verdad».

Jesús no solo nos ofrece una vida plenamente humana con valores como justicia, solidaridad, compasión, perdón, compromiso por un mundo mejor, sino que nos abre a una dimensión vertical y trascendente, al misterio del Padre creador de cielo y tierra, y al don del Espíritu. No solo nos humaniza, sino que nos permite llamar a Dios Padre (Madre); es decir, nos hace participar del misterio comunitario de la vida de Dios, nos diviniza, lo cual es la plenitud de la humanidad.

La respuesta a este encuentro no ha de ser simplemente racional, sino vital; no es solo creer en él, sino creerle a él y abrirnos a una realidad nueva que nos supera. Es pasar de la muerte a la vida, una vida nueva del Espíritu que nos impulsa a seguir a Jesús dondequiera que vaya, como los primeros discípulos y discípulas de Jesús de Nazaret.

Esta fe no deja de ser una apuesta (Pascal), como también lo es la incredulencia; no elimina dudas, sino que nos abre a «la maravillosa inseguridad de la fe» (Marcel Légaut).

3.5 Un descubrimiento gradual de la dimensión eclesial de la fe

Este largo proceso de encuentro gozoso de Jesús nos conduce a reconocer que ha sido una comunidad cristiana la que nos ha ofrecido la memoria de Jesús a través de los evangelios y que,

gracias a la comunidad de Jesús, que es la Iglesia, hemos llegado al encuentro con él, transmitido por la tradición eclesial de sus testigos, los santos antiguos y contemporáneos; esto es, los “ancianos” de la iniciación cristiana.

El seguimiento de Jesús es personal, pero no individual; es comunitario, es formar parte de una comunidad que desde el pueblo de Israel ha caminado hasta la Pascua de Jesús, orientando su vida alrededor del misterio de Jesús.

La Iglesia es el pueblo de Dios que camina conjuntamente, sinodalmente, hacia el Reino movida por el Espíritu de Jesús. No estamos solos, pues formamos el Pueblo de Dios, una comunidad, una comunidad humana y divina, santa y pecadora, casta y prostituta en afirmación patristica, que necesita continuamente acudir a la misericordia divina y comenzar de nuevo. También es la Iglesia de Pedro que negó a Jesús, de Pablo que, al perseguir a los cristianos, perseguía a Jesús. Pero es la Iglesia del Espíritu que prosigue la misión de Jesús hacia el Reino y que nunca la abandona.

Hay que descubrir la dimensión profundamente espiritual y mística de la Iglesia, que no es simplemente organización y burocracia, ni se identifica con sus líderes jerárquicos, sino que es un permanente Pentecostés, imagen de la comunidad Trinitaria, Pueblo de Dios y Cuerpo de Jesús en la historia, Templo del Espíritu. Por ello, es un engaño querer seguir a Jesús al margen de la Iglesia y, por eso, el seguimiento de Jesús comienza con la celebración sacramental del bautismo, inserción en el misterio pascual de la muerte y resurrección de Jesús como punto de entrada en la comunidad eclesial. Y esto no

solamente por la ley sociológica que afirma que todo carisma necesita una cierta institucionalización para permanecer en el tiempo. Se trata de ver a la Iglesia desde la fe, como el cuerpo histórico y real de Jesús, su imagen y sacramento, su presencia viva en la historia.

3.6 Una vida nueva

Si el iniciando no ha sido bautizado, es el momento de disponerse a recibir el bautismo, enriquecido con el don del Espíritu en la confirmación y de participar de la Eucaristía. Si el iniciando, en cambio, es un cristiano “viejo” que retorna a la fe y a la Iglesia, bastará con actualizar los sacramentos de iniciación cristiana que le dieron vida y hacer de la eucaristía el centro de su vida eclesial.

La eucaristía no es simplemente una obligación o un rito social, sino el centro de la vida cristiana; sin eucaristía no hay Iglesia, pues el núcleo de la Iglesia es el misterio pascual que se actualiza y celebra en la eucaristía, sobre todo dominical. Se anticipa el banquete del Reino y se encuentra la fuerza para poder vivir la fe en la vida cotidiana. Los primeros cristianos afirmaban que no podían vivir sin eucaristía y estaban dispuestos a morir antes que renunciar a esta profunda convicción de fe, a la eucaristía dominical.

Tanto en el caso de una primera iniciación en la fe como de una re-iniciación y vuelta a la fe cristiana y eclesial en el caso de antiguos alumnos del cristianismo y creyentes en el exilio y la diáspora, se trata de comenzar una vida nueva, de tomarse en serio

el ser cristianos en la Europa de hoy, en el mundo occidental. También hay que actualizar desde la fe las renunciaciones bautismales de la primera tradición del catecumenado cristiano al pecado, al mal y a las estructuras de pecado. Hoy día supone renunciar a la injusticia, la insolidaridad, la corrupción, el machismo, la destrucción de la naturaleza, la violencia y el armamentismo, el racismo, el consumismo, la idolatría del dinero y la anestesia social. Hay que acoger a los emigrantes y respetar su cultura y religiosidad.

Y es necesaria una apertura creyente al misterio trinitario de Dios, al Padre creador del cielo y la tierra; a Jesús, el Hijo encarnado en Nazaret que pasó haciendo el bien y fue crucificado y resucitado; al Espíritu Santo, vivificador Señor de vida, presente en la Iglesia y el mundo. Esto implica un compromiso por el Reino de Dios, por un mundo más justo y el cuidado de la creación.

3.7 Una nueva presentación de la fe

El equivalente de las catequesis mistagógicas posbautismales de la Iglesia primitiva sería la formación cristiana, bíblica, teológica, moral, litúrgica, pastoral y espiritual de los nuevos iniciados en un proceso de formación permanente o catecumenado de adultos, pero a la luz de la teología del Vaticano II y del posconcilio, muy concretamente del magisterio del papa Francisco en *Evangelii gaudium*, *Laudato si'* y *Amoris laetitia*.

Hay que presentar la fe en el lenguaje y cultura modernos y posmodernos de hoy con una lectura crítica de la

escritura y los dogmas, con una visión diferente de la moral, la escatología y con un nuevo estilo de ser Iglesia.¹⁵ Es toda la teología, la liturgia, la moral y la pastoral que hay que renovar desde otras categorías y paradigmas. Y todo ello no simplemente desde el despacho teológico, sino desde la cercanía al pueblo pobre y descartado, desde la escucha de las víctimas, desde la compasión.

Sintetizando de modo esquemático alguna de estas propuestas, que deberán ser explicitadas, podemos señalar algunos puntos conflictivos que hoy deben ser clarificados:

- Es necesaria una introducción a una lectura de la Escritura, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, que no sea literalista ni fundamentalista, sino que tenga en cuenta los avances de la exégesis crítica histórica, los géneros literarios, las enseñanzas de *Dei Verbum* y otros documentos bíblicos del magisterio eclesial. La fe no se opone a la razón; es necesario un diálogo entre la fe y la ciencia moderna.
- La cristología ha de empezar desde abajo, desde el acercamiento a Jesús de Nazaret para abrirse al misterio Pascual de su divinidad y su revelación trinitaria, y no considerar la encarnación simplemente como el remedio al pecado (“oh feliz culpa”), sino como parte central de proyecto creador del Padre que, a través de Jesús y el Espíritu, quiere comunicar su vida y su amor a la humanidad y al mundo.
- La muerte de Jesús en la cruz no es fruto de la venganza del honor

del Padre ofendido por el pecado humano, que exige la reparación infinita de la sangrienta muerte del Hijo en la cruz, sino fruto del amor y entrega de Jesús a la humanidad, de su proexistencia histórica, al servicio del Reino de Dios, del proyecto amoroso del Padre.

- Más aún, como afirma Máximo Confesor: el Padre al ver a Jesús resucitado pudo decir: «por esto he creado el mundo». El Resucitado es el alfa y omega, el principio y fin de la creación, primicia de una nueva humanidad, de los nuevos cielos y la nueva tierra de la transfiguración del cosmos, del Reino escatológico.
- Pasar de una visión del Padre todopoderoso y omnipotente a una teología del Dios Padre-Madre, misericordioso y amor, creador del cielo y de la tierra –que quiere que conservemos la creación y la desarrollemos dentro de los cauces del respeto y la justicia–, y que ha enviado a su Hijo en la humildad de nuestra carne y de nuestro mundo para comunicarnos su vida.
- Frente al silencio teológico y pastoral sobre el Espíritu Santo, proponer una teología del Espíritu como Señor y dador de vida, que vivifica y dinamiza la Iglesia, y se derrama sobre toda la humanidad, no solo sobre la Iglesia. Además, un Espíritu que está presente en las tradiciones culturales, espirituales y religiosas de todos los pueblos y va transfigurando el mundo hacia su plenitud escatológica de los cielos nuevos y la tierra nueva.
- Abrirse al misterio de una Trinidad comunidad de amor que se autocomunica al mundo, verdadero hogar

y mesa de comunión y de vida, familia abierta, fuente de unidad, de diversidad y de gozo.

- La Iglesia no fue fundada por el Jesús histórico como una institución religiosa estructurada, sino que es el fruto del misterio pascual y del don del Espíritu del Resucitado, que convierte a los discípulos de Jesús, símbolo de las doce tribus de Israel, en misioneros y evangelizadores de todo el mundo, y les ayuda a buscar las estructuras necesarias para comunicar la vida de Jesús a la humanidad, a lo largo de la historia.
- Pasar de una Iglesia jerarcológica y clerical a una Iglesia Pueblo de Dios, formada por todos los bautizados, que caminan conjuntamente hacia el Reino de Dios. Esta Iglesia hoy quiere ser Iglesia en salida, con puertas abiertas, Iglesia pobre y de los pobres, hospital de campaña, Iglesia samaritana, profética y pascual, alegre y misionera, que evangeliza por la fuerza del Espíritu, con pastores que huelan a oveja, una Iglesia sinodal; es decir, una Iglesia en camino y diálogo conjunto, donde todos enseñan y aprenden.
- Explicar que lo que ofende a Dios de nuestro pecado es aquello que daña y perjudica a la persona.
- Pasar de una concepción del pecado original como mancha que todo recién nacido hereda desde la procreación al pecado original como el pecado del mundo que contamina la historia y nos afecta personal y comunitariamente, pero del que Jesús nos libera, pues es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1,29).

- Concebir el bautismo no como el lavado de una mancha original, sino como la inserción en el misterio pascual de Jesús, que es el que quita el pecado del mundo y nos da su Espíritu para que a través del ingreso en la comunidad eclesial podamos vivir una vida plena y trabajemos por el Reino de Dios.
- Aunque el bautismo infantil tiene sentido para expresar la prioridad de la gracia de Dios y la fe de la Iglesia, en el mundo europeo poscristiano de hoy y en la actual agonía de la Iglesia de cristiandad, debería ofrecerse la posibilidad e incluso favorecer el bautismo de personas más adultas que, previamente catequizadas, puedan asumir libre y maduramente su fe en la Iglesia.
- La eucaristía no puede centrarse únicamente en la dimensión de la presencia del Señor y en el recuerdo de su pasión, sino que ha de asumir la dimensión de la presencia pascual del Resucitado y reconocer que el símbolo central de la eucaristía es el convite o cena del Señor, donde la fracción del pan nos abre a la comunión con el Señor y con los hermanos, sobre todo los más necesitados. Es el partir, repartir y compartir de la vida Jesús con nosotros y nosotros con nuestros hermanos. Más aún, la eucaristía posee una profunda dimensión ecológica: es la materia de este mundo que se convierte en cuerpo y sangre del Señor, anticipando el banquete del Reino, la comunión de los santos y la transfiguración del cosmos. A las dos invocaciones del Espíritu sobre el pan y sobre la comunidad, debería añadirse una tercera pidiendo que el Espíritu transfigure toda la creación en el cuerpo de Cristo cósmico.
- Los ministerios ordenados de la Iglesia no deberían reducirse a hombres célibes, sino abrirse también a varones casados, puesto que existe una tradición antigua y la tradición católica de las Iglesias orientales que separa celibato y presbiterado. Más todavía, no hay argumentos bíblicos ni teológicos serios que prohíban el ministerio ordenado a las mujeres, lo cual daría a la Iglesia un rostro muy diferente.
- En la elección, selección y formación de ministros ordenados, debería contarse con la presencia activa de toda la comunidad, que debería ser consultada sobre todo en los nombramientos de obispos, como acontecía en la tradición antigua.
- No debe considerarse el episcopado como un honor o un premio a una carrera eclesiástica, sino como un servicio pastoral al Pueblo de Dios, imitando al Señor pobre y humilde que lavó los pies a sus discípulos y dio la vida por las ovejas.
- Así como hay que revalorizar la misión de los obispos, las conferencias episcopales y los sínodos, también habría que cuestionar instituciones ligadas al pasado, como cardenales y nuncios.
- Hay que revalorizar la misión del Papa como obispo de Roma, sede martirial de Pedro y Pablo, que como obispo de Roma preside en la caridad; pero también cuestionar las adherencias históricas que han convertido al papado en jefe del

Estado Vaticano y buscar otras formas de organización del papado y de la curia más evangélicas y adaptadas al mundo de hoy.

- Es necesario revalorizar la vida religiosa, apostólica y contemplativa como carisma del Espíritu que ofrece la posibilidad de un seguimiento profético de Jesús. Un seguimiento al servicio de los más marginados, de la confesión profética de la fe y de la oferta de espiritualidad en un mundo secularizado. Para ello, hay que revisar muchas estructuras y tradiciones obsoletas y trabajar en estrecha colaboración con los laicos; ser más fermento que cemento, desde la minoridad y pequeñez.
- Es necesario repensar toda la escatología; es decir, la doctrina de los llamados *novísimos* (cielo, infierno...), desde una profundización del misterio pascual del Resucitado y de la esperanza en el Dios-Padre (Madre) misericordioso, cuya justicia es la misericordia, que es capaz de perdonarnos y recibirnos en el banquete del Reino, desde los últimos que serán nuestros jueces.
- Consiguientemente, hay que pasar de una moral y una pastoral del pánico y del miedo al castigo; de una moral que parecía centrarse solo en la sexualidad a una visión de una vida cristiana responsable y abierta a lo eclesial, a los pobres, a lo social y a lo ecológico. Una moral llamada a una continua conversión al Señor y a los valores del Reino como justicia, libertad, igualdad, fraternidad; una moral que tenga en cuenta la dignidad del santuario de la conciencia personal y la necesi-

dad del discernimiento, en diálogo interdisciplinar con la antropología y las ciencias sociales y científicas.

Y, en todo este proceso de inculturación y diálogo intercultural, han de ser los laicos, hombres y mujeres, sobre todo jóvenes, quienes ayuden a esta reformulación del cristianismo y de la Iglesia, no para romper con la tradición, sino para poder vivirla hoy de forma actualizada y renovada. Precisamente la juventud que se ha apartado de la Iglesia por considerarla algo extraño, decadente y sin interés son quienes pueden ayudar a esta nueva imagen de Iglesia. Pero intentar la formación cristiana sin haber pasado por el proceso iniciático previo, es perder el tiempo y, a la vez, es contraproducente. ¿No será esto lo que ha sucedido con poco éxito con tantos centros de formación cristiana y religiosa para laicos?

Ahora bien, todo ello, como ya hemos dicho, ha de realizarse en comunión, en compañía, en comunidad, en una comunidad con otros cristianos y cristianas que han redescubierto la fe y que no son simplemente el resto decadente de una Iglesia de cristiandad en agonía. Desde estas bases tiene sentido el diálogo ecuménico e interreligioso, el enriquecerse con todo lo positivo de tradiciones espirituales ajenas al cristianismo, sobre todo el diálogo interreligioso que, en Europa, se dará especialmente con el islam.

No se trata de proselitismo, sino de enriquecerse mutuamente con el intercambio de los dones que el Espíritu ha derramado a cristianos y no cristianos para colaborar todos juntos para mejorar una sociedad justa y pacífica, y

salvaguardar el planeta tierra. Aunque todo ello es imposible sin haber pasado por este proceso iniciático, por la mistagogía.

3.8 Una mistagogía: los Ejercicios ignacianos

Ignacio de Loyola (1491-1556) es ordinariamente apreciado por sus dotes de organización y liderazgo apostólico, y misionero en una sociedad y una Iglesia que pasaban del ocaso de la Edad Media a un nuevo mundo moderno. Sin embargo, Ignacio es ante todo un místico, un hombre de Dios, abierto al Misterio de la Divina majestad trinitaria, un enamorado de Cristo al que quiere seguir y servir en la Iglesia.

En lo personal, Ignacio vivió un largo proceso iniciático, una verdadera mistagogía en sus diversas etapas.¹⁶ Tras una vida mundana y vana en medio de la corte y del mundo caballeresco, experimenta una profunda segregación y ruptura de su mundo anterior: herido en Pamplona y regresado a su casa natal de Loyola, experimenta una profunda conversión leyendo la vida de Cristo y de sus santos. A partir de ahí, comienza una larga peregrinación que le llevará de Loyola a Montserrat—donde se confiesa y deja su vestido noble y su espada— y luego a Manresa. Aquí vive una etapa de oración y penitencia, con grandes tentaciones, incluso de suicidio, pero también con grandes iluminaciones espirituales, que cambiarán y orientarán su vida hacia un nuevo horizonte misionero y apostólico.

Viaja a Palestina para vivir donde vivió Jesús y, al no poder permanecer

allí, comienza una etapa de estudios (Barcelona, Alcalá, Salamanca, París) para poder ayudar a los demás. De una experiencia más personal, va pasando a otra más comunitaria: reunir compañeros, amigos en el Señor, para trabajar en Jerusalén. Al no poder viajar, se ponen en manos del Papa, quien asume al nuevo grupo de la Compañía de Jesús al servicio de la Iglesia universal.

En el libro de los *Ejercicios espirituales*, Ignacio desea compartir con otros su proceso y experiencia espiritual, su conversión e iniciación a la fe, su mistagogía. De este modo, Ignacio, que fue iniciado por sus confesores, pero sobre todo por Dios mismo, se convierte en un mistagogo y los Ejercicios se convierten en una mistagogía para iniciar en el encuentro con Dios y en la fe cristiana.

Los Ejercicios no son simplemente un libro para ser leído ni una serie de instrucciones doctrinales magistrales, sino una iniciación espiritual que recorrer las diversas etapas de la mistagogía a lo largo de cuatro semanas en un clima de silencio y oración.

Tras una separación local del lugar del ejercitante, hay una apertura al Misterio del Dios creador (Principio y fundamento) y una llamada a la conversión de vida bajo la misericordia del Señor Crucificado (1.^a semana), para pasar luego a la contemplación de la vida de Jesús de Nazaret, pobre y humilde desde la infancia a la vida pública, pasión y resurrección (2.^a, 3.^a y 4.^a semanas), siempre pidiendo el conocimiento, el amor y el seguimiento de Jesús y de su proyecto del Reino.

Pero el punto álgido de los Ejercicios es la elección, el momento del parto, experiencia radical de muerte al

pasado y nacimiento a algo nuevo: ponerse abiertos y totalmente disponibles ante Dios, para discernir y elegir lo que Dios quiere de cada uno.

Si en los Ejercicios clásicos se trata de elegir el estado de vida, actualmente se trataría de algo más radical: pasar de la cerrazón, del agnosticismo o la negación de Dios, al Misterio que se nos revela a través de Jesús de Nazaret.

Esta elección no es simplemente fruto de una decisión ética ni de una lógica racional, sino de la atracción suave interior –lo que Ignacio llama *consolación*–, que lleva a un aumento de fe, amor y esperanza, al gozo interior y a la alegría vital de encontrar el horizonte y sentido de la vida, para luego poder amar y servir en todo al Señor (contemplación para alcanzar amor).

Esta mistagogía ignaciana, acompañada por “el que da los Ejercicios”, puede ser hoy día un camino muy apto para reiniciarse en la fe cristiana, para esta conversión de la cerrazón y el pecado al Misterio del Dios misericordioso; pero sobre todo para encontrarse con Jesús de Nazaret que lleve a hacer una opción de fe en su seguimiento,

desde la gozosa atracción interior del Espíritu consolador.

Habría que completar la iniciación ignaciana de los Ejercicios con otras dimensiones que, por condicionamientos históricos de su época, no están suficientemente presentes en los Ejercicios ignacianos: la dimensión cósmica y ecológica de la creación, la conversión a Dios no solo del pecado personal, sino también del pecado estructural, el completar el tema de la pobreza y la humillación de Jesús con su opción por los pobres, el ampliar el discernimiento personal al discernimiento comunitario, una mayor explicitación de la Iglesia de Jesús y una mayor presencia del misterio del Espíritu Santo que Ignacio silencia en los Ejercicios para no ser acusado de alumbrado.

Con estas limitaciones, pero también con todas sus virtualidades, la experiencia de los Ejercicios, bien acompañada por alguien experto, y acomodada al ritmo y situación de cada ejercitante, puede ser un instrumento muy válido –ciertamente no el único– para una reiniciación cristiana en el mundo de hoy.

CONCLUSIÓN NARRATIVA: LA IGLESIA QUEMADA

Todavía tenemos en la retina las imágenes del terrible incendio, en abril del 2019, de la catedral de Notre Dame en París, símbolo de arte, de cultura, de historia y de la fe cristiana de Francia y de Europa. Un fuego devorador que tuvo un eco mundial. Era impresionante ver caer la torre mientras el pueblo parisino contemplaba horrorizado la catedral en llamas –algunos llorando, otros arrodillados rezando y cantando.

Es muy comprensible la reacción de condolencia y de solidaridad mundial y el interés por su reconstrucción, pero, más allá de las cuestiones técnicas de arquitectura y de las críticas de los sectores populares al ver que grandes fortunas han hecho rápidamente importantes donaciones mientras han sido insensibles ante otros temas sociales..., de fondo aparecen algunos interrogantes.

La catedral de Notre Dame quemada simboliza un tipo de sociedad y de Iglesia medieval francesa, así como de una Europa con profundas raíces cristianas que ya han desaparecido. Hoy la situación ha cambiado radicalmente: Francia es un país de misión y la Europa occidental vive un rápido proceso de secularización, exculturación de la fe cristiana, pluralismo religioso, indiferencia, agnosticismo y un ateísmo posmoderno. Dios está en el exilio.

Reconstruir Notre Dame no representa pues un problema meramente arquitectónico, sino que nos obliga a preguntarnos si solo queremos reconstruir un monumento del pasado medieval de la Iglesia de cristiandad del segundo milenio o si, en esta ocasión, es necesario que los cristianos nos interroguemos sobre el sentido de la fe cristiana en la Europa de hoy, una Europa de gran bienestar económico, pero que al mismo tiempo mantiene grandes diferencias sociales; una Europa con un pasado colonial y un presente que cierra puertos y puertas al inmigrante, y que vende armas a países en guerra, armas que matan niños; una Europa responsable del cambio climático, pero que no actúa con firmeza para defender la tierra...

Reconstruir Notre Dame, en parte, es adecuado porque todo sentimiento cultural y religioso necesita símbolos

concretos y visibles de trascendencia, pero no podemos olvidar que la Iglesia no está formada por templos de piedra, sino por las piedras vivas de las comunidades cristianas seguidoras de Jesús de Nazaret, que es el único y verdadero templo de Dios. La nueva Notre Dame no se debería reducir a convertirse en un histórico museo de arte y de cultura para los turistas de todo el mundo.

Y la imagen de Notre Dame en llamas me ha hecho pensar y me ha traído el recuerdo de otras iglesias quemadas en momentos de persecución o de revolución política y social. Concretamente, he recordado las reflexiones de Joan Maragall delante de la iglesia quemada durante la Semana Trágica de Barcelona, el año 1909. Sin querer entrar en las causas y las implicaciones sociopolíticas de la Semana Trágica (Cf. *El Pregó*, suplemento de verano, 2009), quisiera hacer presentes algunas intuiciones del artículo de Maragall que todavía hoy parecen actuales.

Cuando el poeta y creyente acudió en domingo a una iglesia incendiada y quemada, seguramente del barrio de Gracia, escribió: «Yo nunca había oído una Misa como aquella. La bóveda de la iglesia descalabrada, las paredes ahumadas y desconchadas, los altares destruidos, ausentes, sobre todo aquel gran vacío negro donde estuvo el altar mayor, el suelo invisible bajo el polvo de los escombros, ningún banco para sentarse, y todo el mundo de pie o arrodillado ante una mesa de madera con un crucifijo encima, y un torrente de sol entrando por el boquete de la bóveda, con una multitud de moscas bailando a la luz cruda que iluminaba toda la iglesia y hacía parecer que oíamos la Misa en plena calle...».

A Maragall, aquella misa después de la violencia anticlerical de la Semana Trágica le parece nueva, un rincón de las catacumbas de los primeros cristianos. Piensa que la misa siempre debería ser así: puerta abierta a los pobres, a los oprimidos, a los desesperados, a los odiadores, para quienes fue fundada la Iglesia, y no cerrada ni «enriquecida por dentro, amparada por los ricos y poderosos que vienen a adormecer su corazón en la paz de las tinieblas». El fuego ha purificado la Iglesia, ha restaurado al Cristo en su casa. Entrando en esta iglesia quemada se puede encontrar a Cristo, que es verdad y vida. No hay que reedificarla, ni ponerle puertas bien revestidas de hierro, ni pedir la protección del Estado...

Hay que leer todo el artículo de Maragall, que recibió la felicitación y el visto bueno del Dr. Torras y Bages, obispo de Vic, quién le exhortó a no callar.

No puede establecerse un paralelismo fácil entre la Notre Dame quemada y la iglesia quemada durante la Semana Trágica de Barcelona, pero es válida la intuición de Maragall de no reconstruir la Iglesia anterior, sino de aprovechar la ocasión no para restaurar la Iglesia, pero sí para reformarla. La Iglesia europea debe purificarse y pedir perdón por sus pecados: cruzadas, inquisición, colonialismo, patriarcalismo y clericalismo, división entre cristianos, abusos sexuales, alianza con los ricos, etc., y convertirse en la Iglesia del Evangelio, en la Iglesia de Jesús de Nazaret, en la Iglesia del pueblo de Dios y comunidad del Vaticano II, la Iglesia del papa Francisco: una Iglesia pobre y con los pobres, en salida, hospital de campaña, gozosa y pascual, misericordiosa, que cuida de la tierra y comunica a todos la alegría del Evangelio.

1. En Cataluña, la situación también es muy crítica. Cfr. NOGUÉS, Ramon M. (2018). «Quin futur té la religió a casa nostra?», *El Pregó*, n.º 558, pp. 1-9; CODINA I MAS, Pere (2018). «Els nostres fills no segueixen», *El Pregó*, n.º 558, pp. 10-39.
2. GODIN, Henri y DANIEL, Yvan (1943). *France pays de mission?*, París: Le Cerf.
3. DUCH, Lluís (2007). *L'exili de Déu*, Barcelona: Fragmenta Editorial.
4. TAYLOR, Charles (2014-2015). *La era secular*, Barcelona: Gedisa.
5. SEQUEIROS, Leandro (2019). «50 años de la teoría Gaia, en el centenario del nacimiento de James Lovelock (1919-2019)», *Razón y Fe*, n.º 1439, pp. 335-346.
6. GARCÍA MOURELO, Santiago (2019). «Búsqueda de una espiritualidad sin Dios», *Razón y Fe*, n.º 1439, pp. 312-322, donde se citan obras como la de JAGER, Willigis (2002), *La ola es el mar*, Bilbao: Desclee de Brouwer y la de MELLONI, Javier y COBO, Josep (2017), *Dios, sin Dios. Una confrontación*, Barcelona: Fragmenta.
7. Cfr. CODINA, Víctor (2019). *La religión del pueblo. De cuestionada a interpelante*, Santander: Sal Terrae.
8. SOSA, Arturo, *Preferencias apostólicas Universales de la Compañía de Jesús, 2019-2029*, Roma 19 de febrero 2019.
9. ELIADE, Mircea (1959). *Naissances mystiques*, París: Gallimard.
10. CODINA, Víctor y IRARRÁZABAL, Diego (1987). *Sacramentos de iniciación*, Madrid: Paulinas.
11. *Dios es amor*, n.º 1.
12. RAHNER, Karl (1966). «Espiritualidad antigua y nueva», *Escritos de teología*, VII, Madrid: Taurus, pp. 25-26.
13. MORLANS I MOLINA, Xavier (2018). *Escletxes en el jo impermeable a Déu. La proposta cristiana en un món secular*, Barcelona: Facultat de Teologia de Catalunya.
14. Cfr. PAGOLA, José Antonio (2007). *Jesús. Aproximación histórica*, Madrid: PPC.
15. Cfr. CODINA, Víctor (2017). *Sueños de un viejo teólogo*, Bilbao: Mensajero; GIL RIBAS, Josep (2018), *Cristians, tanmateix*, Lleida: Pagès.
16. CODINA, Víctor (2009). «La mistagogía ignaciana», *Revista Iberoamericana de Teología*, México, n.º 9, pp. 7-26; MELLONI, Javier (2007), «Mistagogía», *Diccionario de Espiritualidad ignaciana*, Bilbao: Mensajero, pp. 1247-1250.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

En Europa asistimos a un verdadero colapso de la fe cristiana. En relativamente pocas décadas se ha pasado de una sociedad europea de raíces y de cultura cristiana a una sociedad donde el cristianismo es culturalmente irrelevante y ha sido exculturado. Es un invierno eclesial europeo.

- Estás de acuerdo con la afirmación: «la Iglesia constituye el mayor obstáculo para la fe».
- En este ambiente: ¿Crees que la fe tiene sentido para ti?

En el mundo occidental europeo ha aumentado sobre todo el número de agnósticos e indiferentes. Ya no se vive tanto el ateísmo duro, típico de los siglos XIX y XX, del «Dios ha muerto». sino una falta de interés por la trascendencia, no interesa lo que va más allá de la vida cotidiana, del trabajo, el dinero, la comida, la salud, el consumo, el sexo, el bienestar y la seguridad de una vejez tranquila.

- ¿Cómo crees que se puede presentar la fe en la cultura moderna? Habrás leído algunos puntos conflictivos que hoy deben de ser clarificados. Subraya algunos que te parecen importantes para el momento actual.
- ¿Qué rendijas de la realidad nos abren al Misterio?
- ¿Qué es lo que se quema de nuestra cultura cristiana al quemarse Notre Dame?

Cristianisme i Justícia (Fundació Lluís Espinal) es un centro de estudios creado en Barcelona el año 1981. Agrupa un equipo de voluntariado intelectual que tiene por objetivo promover la reflexión social y teológica para contribuir a la transformación de las estructuras sociales y eclesiales. Forma parte de la red de centros Fe-Cultura-Justicia de España y de los Centros Sociales Europeos de la Compañía de Jesús.

Los **Cuadernos Cristianisme i Justícia (CJ)** presentan reflexiones de los seminarios del equipo del centro y trabajos de sus miembros y colaboradores. Pueden descargarlos en: www.cristianismeijusticia.net/es/cuadernos

Últimos títulos:

212. J. TATAY, Creer en la sostenibilidad; 213. CRISTIANISME I JUSTÍCIA, Abrazos de vida; 214. J. CARRERA, Vivir con menos para vivir mejor; 215. SEMINARIO TEOLÓGICO DE CJ, Dios en tiempos líquidos; 216. G. CASASNOVAS (ED.), Mercancías ficticias; 217. G. BILBAO, I. SÁEZ, Por una (contra) cultura de la reconciliación; 218. V. CODINA, ¿Ser cristiano en Europa?

La **Colección Virtual** está formada por cuadernos que, por su extensión, formato o estilo, no hemos editado en papel pero que tienen el mismo rigor, sentido y misión que los **Cuadernos Cristianisme i Justícia (CJ)**. Pueden descargarlos en: www.cristianismeijusticia.net/es/virtual

Últimos títulos:

15. J. F. MÀRIA, R. XIFRÉ, Cataluña y España: entre el reconocimiento y la negociación; 16. VARIOS AUTORES, Soñamos la ciudad, la construimos juntos; 17. J. VITORIA, En las víctimas está Dios reconciliando el mundo

N. 218
Abril 2020

cijusticia 

cijusticia 

cristianismeijusticia 

Cristianismeijusticia 

La Fundació Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ. Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13

08010 Barcelona

T. 93 317 23 38

info@fespinal.com

www.cristianismoyjusticia.net

 Red Fe
Cultura
Justicia



Tiraje: 40.000 ejemplares

www.cristianismoyjusticia.net